

Cosas de altura

Tratándose de sintonía, a uno le da por asociar la idea con la extensión a lo alto. Y así, en estos momentos, podríamos elevarnos hasta encontrar al incansable satélite ruso y preguntarle por todo lo que puede haber descubierto, cómo nos ve desde allá arriba y cuando piensa volver con nosotros.

Pero quizá nos cogería vértigo y preferimos posarnos solamente en la copa de uno de nuestros árboles ciudadanos y presenciar un espectáculo curioso; para muchos, seguramente intrascendente, hueco, y sin embargo, cargado de un cariño muy humano, muy razonable desde el día en que el hombre fue esto: hombre.

Y el caso curioso del árbol fué que un gato trepó por su tronco, sin aparente razón. Siguió subiendo hasta llegar a lo más alto de sus ramas. ¿Quería el gatito alcanzar la «Luna bebé»? Lo cierto fué que no pudo bajar por sí solo. Ni podía alcanzar el satélite. ni podía volver a la tierra. Y en la copa del árbol se quedó gimiendo el felino, dos días y dos noches, hasta que el corazón de la gente sensible —que siempre la habrá— se movió a compasión. Y allá fueron a libertarle con la ayuda de una escalera.

Quizás la sintonía sueña a cuento infantil, ¿qué más da?. Lo cierto es, sin embargo, que es un hecho verídico que se dió en nuestra ciudad hace unos días. Hecho repleto de ternura candorosa, exclusiva de la infancia. Y mientras haya esta infancia, habrá humanismo suficiente para continuar liberando gatos de las copas de los árboles.

Àncora

SAN FELIU DE GUIXOLS 31 DE OCTUBRE 1957 - NÚM. 505 - AÑO XI

Una obra altruista



Hace poco más de dos años glosábamos en estas mismas páginas el gesto magnánimo de un catalán nacido en la vecina población de San Antonio de Calonge. Nos referimos al donativo de cuarenta millones de pesetas hecho por D. Arturo Mundet a la Diputación Provincial de Barcelona, con destino a construir un nuevo edificio para la Casa de Caridad de la ciudad condal.

Destacábamos el hecho por dos motivos especialmente. Primero por tratarse de una cantidad lo suficientemente importante para darle relieve publicitario y por la humanitaria finalidad en que debía emplearse. Y segundo por la oriundez del donante, pues nos enorgullecía estar vinculados por razones de vecindad de patria chica con tan gran benefactor.

Ahora, ya culminada la obra entonces iniciada, gracias principalmente a la aportación del Sr. Mundet nos es sumamente grato poder hablar otra vez del mismo tema en el frontón de nuestro semanario.

Su gran importancia social bien lo merece, y la reiteración en este caso es obligada, ya que el acontecimiento es digno de quedar grabado perennemente en la memoria de todos. Gestos altruístas como éste no se realizan cada día y es de justicia aureolar con la fama de la popularidad a esos hombres de corazón magnánimo gracias a los cuales es posible enjugar muchas lágrimas y proporcionar albergue a tantas infelices criaturas venidas al mundo sin el calor del regazo materno ni la guía protectora de su progenitor.

Quien haya visto alguna vez esas largas hileras de huerfanitos en sus horas de paseo acompañados por sus padres adoptivos, los religiosos de las Casas de Caridad, comprenderá, si no tiene el corazón de piedra, el drama que representa para esos seres el no haber conocido las caricias de la madre propia y no haber disfrutado de las innumerables delicias de la vida en familia. Como arrojados al mundo por un hado impío, estigmatizados con el signo de la bastardía, son víctimas inocentes de culpas ignoradas, expiadores de quién sabe qué infamias, de quién sabe qué pecados inconfesables.

Justo es, obligado es, pues que la sociedad donde son posibles tales tragedias sentimentales se preocupe de subsanarlas dentro de lo posible. Si bien no hay manera de reparar la carencia del amor maternal en toda su amplitud cuando menos es posible aliviar esta carencia proporcionando un hogar común a cuantos se ven privados de tener un hogar propio. Y es deber cristiano, asimismo, procurar que este cobijo colectivo donde tienen que desarrollarse esos seres desamparados esté dotado de todos los servicios indispensables para que allí puedan adquirir la educación y la instrucción que los más afortunados disfrutan y que su desgraciado destino les ha negado.

Por los informes que tenemos según la prensa, el «Hogar Ana Gironella de Mundet» recientemente inaugurado en la capital catalana es un modelo de instalación y acondicionamiento, bajo todos los aspectos. En el podrá ser atendida una numerosa población infantil sin que tengan nada que envidiar en cuanto a educación y enseñanza, tanto física como espiritualmente a los que han tenido la suerte de nacer en cuna pudiente.

Vaya pues una vez más nuestra más profunda admiración y simpatía a los beneméritos esposos Mundet y a cuantos como ellos tienen el don de saber irradiar amor a los que más necesitan de él.